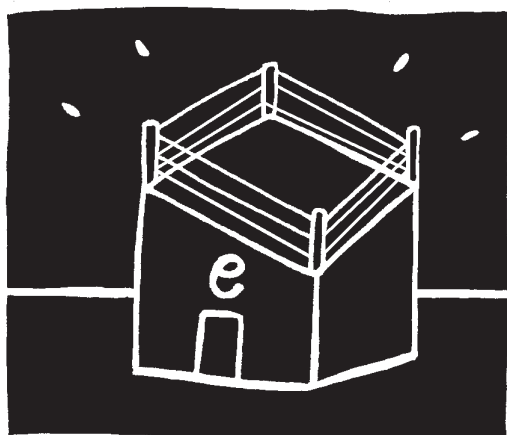


Convivir con adolescentes

La gestión de los conflictos en las instituciones



Christian Ynaraja.

El principal protagonista de la Secundaria, el alumnado, es un conjunto de personas que construyen su propia identidad día a día. Para afrontar las dificultades que esto genera, el autor propone soluciones muy concretas: observar con atención la realidad, practicar dinámicas de grupo, aplicar con habilidad la disciplina, desarrollar una tutoría intensa y, en definitiva, ponerse permanentemente al día.

Jaume Funes*

Correré el riesgo de que el lector o la lectora me acuse de plantear un discurso poco práctico ante los complejos problemas reales que supone la relación educativa diaria en un aula de adolescentes. Lo hago voluntariamente, porque creo que no hay cosa peor que construir un problema sobre la base de un análisis erróneo de la realidad. No tengo recetas para “la violencia escolar”, entre otras razones porque creo que no existe. En todo caso, me veo con ánimos para discutir, con las compañeras y los compañeros de la escuela, las respuestas a diversas y muy diferentes conductas violentas que se producen en el entorno (interior y exterior) del centro docente. En muy pocas ocasiones me planteo qué hacer con los chicos o las chicas conflictivos. La mayoría de las veces reflexiono sobre qué hacer cuando un adolescente vive una situación problemática.

Creo que el último mal favor que se podría hacer a la ya difunta ESO sería repartir etiquetas para definir a los jóvenes complicados que pueblan nuestras aulas. Desde los tiempos de la inefable doña Esperanza Aguirre, en el Ministerio de Educación no se habla de otra cosa que de conocimientos, especialmente de los de historia, y no se acaba de asumir que la función docente está sometida hoy a un giro copernicano. Por tanto, la política educativa vuelve de nuevo al discurso segregador. Así, difícilmente puedo dedicarme a hablar, sin más, de esos chicos y chicas que muchos quisieran ver fuera de la escuela.

Hoy, en las aulas de Secundaria, hay conflictos. No sé si más o menos, mayores o menores que antes.

Admitamos, en todo caso, que son más diversos y complejos. Además, demos por bueno que un conflicto es una lectura contrapuesta de la realidad, una forma diferente de verla, unos intereses enfrentados, unas relaciones de poder en juego, etc. Así, hemos de tener presente que los conflictos son incordiantes, desequilibradores, pero no son un problema. El problema aparece cuando no acertamos con la respuesta educativa adecuada.

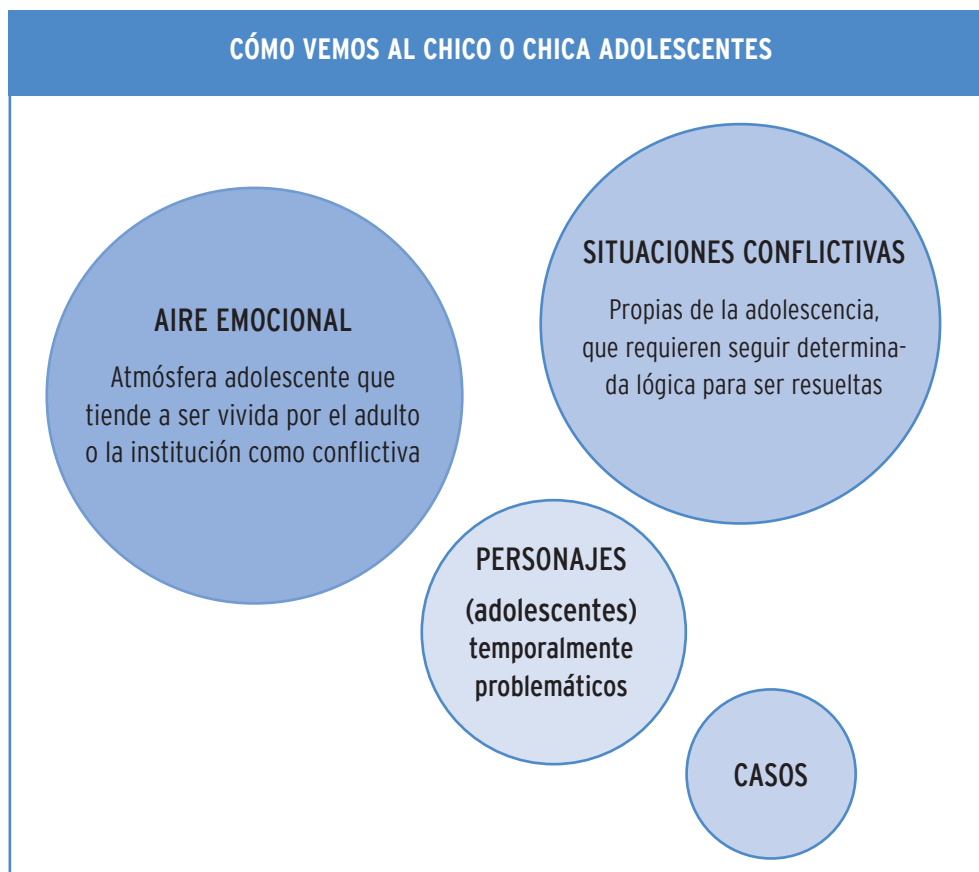
La ESO y sus tensiones educativas

Antes de hablar de conflictos, debemos apuntar brevemente los diferentes focos de tensión que presenta en la actualidad la ESO. Son el clima, la música de fondo, para las situaciones de tensión que se dan hoy en la institución escolar. Éstos son algunos:

- La introducción de la vida adolescente en el mundo académico. Más de un “profe” insiste en que sus chicos y chicas son conflictivos porque, cuando les propone calcular la tangente o analizar la revolución industrial, no se preocupa de saber si están enamorados o agobiados.

- La presencia en el espacio escolar de adolescentes no queridos (que, además, es posible que acaben no queriendo estar en esa escuela). En las aulas, los pasillos y los alrededores de la escuela hay jóvenes cuya relación con la institución no parece pasar por el estudio; es decir, no responden al patrón del “buen adolescente”.

Cuadro 1



Fuente: Funes, J. (1998): "Escolarització obligatòria i adolescència, *Educar*, 22-23.

- La presencia de adolescentes que viven momentos difíciles. Obligatoriamente han de estar en la escuela chicos y chicas (de todas las clases sociales) que pasan por intensos momentos de crisis. Ocurre con quienes tuvieron una infancia llena de carencias y dificultades, pero también con los de clases medias que viven en un entorno educativo de soledad y abandono, o aquellos adolescentes que viven en tensión y conflicto con el núcleo familiar.

- Una organización escolar compleja. Respetar el criterio de optatividad, practicar el agrupamiento flexible, diseñar recorridos educativos personalizados son actitudes que indican una organización en tensión que ha de funcionar con coherencias y acuerdos colectivos. Si éstos no existen, provocan el aumento de la conflictividad y el descontrol, al menos aparentes.

- La tensión y angustia educativas del profesorado y de las madres y los padres. No es fácil aceptar que se debe educar y no sólo transmitir conocimientos. La función mayéutica de enseñar a quienes en algunas cosas puede que sepan más que nosotros conlleva dificultades. Los propios padres y madres no acaban de convencerse de que sus hijos e hijas son diferentes porque son adolescentes, y no porque los ha estropeado la nueva escuela. Tampoco se adaptan a la angustia de sus conductas arriesgadas, ni aceptan que se junten con todo tipo de adolescentes.

Solemos ubicar mal los conflictos

Si ése es el marco de las tensiones, el paso siguiente debería consistir en intentar colocar los conflictos en su sitio. ¿De qué hablamos cuando tratamos de *conflicto*? ¿De qué hablamos cuando nos referimos a un problema? Desde hace algunos años, en las reflexiones formativas de los centros educativos en los que me toca participar, utilizo un esquema gráfico que reproduzco en este artículo (véase Cuadro 1).

En todas las aulas suele haber un "caso" al que no sabemos cómo tratar, pero la mayoría de las dificultades son tensiones diversas con acompañamiento adolescente. Colocar el origen, la fuerza motriz de cada uno de los conflictos, en una casilla puede conducirnos a una u otra respuesta, a la gestión adecuada o a la creación de problemas.

El alumno o la alumna en conflicto es sustancialmente alguien que ha traspasado al proceso de escolarización todas sus tensiones adolescentes, sin que desde la escuela hayamos tenido la habilidad de desviarlas o canalizarlas. La incapacidad para comprender las adolescencias conduce a la ubicación de problemas allí donde no están, a la generación de incompatibilidades mutuas, a la consideración de determinados individuos como conflictivos. Los jóvenes de la Enseñanza Secundaria no dejan de ser

Cuadro 2

CÓMO VEMOS AL CHICO O CHICA ADOLESCENTES	PRINCIPAL CUESTIÓN EDUCATIVA QUE NOS PLANTEA ESA PERCEPCIÓN
1. Indisciplinados	Las normas
2. Conflictivos	La confrontación adulto-adolescente
3. Problemáticos	Las respuestas adecuadas, personalizadas
4. Desquiciados	Los bagajes personales que cada alumno tiene para abordar cada nueva situación
5. Conductuales	Las formas propias de cada etapa para expresar la incomodidad. El adolescente como actuador
6. Disruptivos	La colisión entre nuestras pretensiones y las suyas
7. En riesgo	Los entornos y contextos en los que viven. Su lectura personal
8. Disociales	Las dificultades de socialización
9. Delincuentes	Las transgresiones y los conflictos sociales
10. Violentos	Las formas de relación Las subculturas grupales La ética ambiental
11. Inmigrantes	Las crisis existenciales de los procesos migratorios Las contradicciones entre adolescencia e inmigración económica Las distancias culturales a salvar

adolescentes, en los dos sentidos de la palabra: miembros de una generación, de un grupo socialmente diferenciado, y, a la vez, sujetos sometidos a un conjunto de transformaciones evolutivas que condicionan la relación educativa. Son personas que se encuentran en un proceso de construcción de la identidad a través de ensayos y experimentaciones en el propio ámbito escolar (uno de sus entornos vitales centrales).

Poner etiquetas e inventar respuestas

Pero, para hablar de la conflictividad de los chicos y las chicas adolescentes, se utilizan, muchas veces, numerosas palabras, etiquetas que intentan definir lo que les pasa. No discutiré ninguna de ellas, tan sólo las emplearé para poner el énfasis en los interro-

tes y en las acciones posibles que nos plantean. En aras de la brevedad, he optado por un cuadro de doble entrada (véase Cuadro 2). A la izquierda he situado los términos que se emplean; a la derecha, algunas de las cuestiones que ese concepto de dificultad adolescente nos plantea.

Una simple lista de etiquetas nos ha conducido a un conjunto de cuestiones en las que pensar, de retos educativos a los que remite cualquier debate sobre conflictividades. Así, nos encontramos con el debate sobre las normas, su elaboración y discusión, la disciplina y su contribución a la creación de climas de convivencia. Pero, también, con la cuestión de las estrategias, de las habilidades adultas para relacionarse con ese especialista en provocaciones que es el adolescente. Lo mismo ocurre con el choque de pretensiones entre nuestra didáctica elaborada y su mundo vital: algo así como una reformu-

lación de las motivaciones en la sociedad de la comunicación.

Igualmente, nos encontramos con las dificultades de socialización en un contexto en el que se tiende a delegar sobre la escuela toda la tarea de hacer de ellos y de ellas ciudadanos. A veces olvidamos que los bagajes que el alumnado trae a la escuela no son homogéneos. La desigualdad social sigue existiendo y se nota especialmente en la adolescencia. Además, en esta etapa sabemos que explotan las carencias anteriores y no se nos escapa que, especialmente los chicos, expresan su malestar y su inseguridad actuando; que los “problemas”, en la adolescencia, suelen ser “problemas sociales”.

El panorama se completa con la presencia en las aulas de la diversidad que aportan los adolescentes que han vivido un proceso migratorio reciente, desde contextos culturales muy distintos y sin tradición todavía de adolescencia. Junto a los procesos de comunicación que se deben resolver, se presentan las tensiones para la integración entre un conjunto variopinto de adolescencias, a menudo en pugna.

No se trata de hacer de la escuela una moderna fábrica de milagros; ni del profesorado, una colección de santeros. Es una lista incompleta de deberes para poder ejercer la profesión hoy, ante nuevas generaciones de adolescentes que transitan por sus adolescencias y por la escuela a la vez, ante nuestra mirada y con la posibilidad de contar con nuestro apoyo. No sería justo, en cualquier caso, decir que sólo son esa colección de problemas que acabamos de enumerar. La tabla descriptiva que ellas y ellos harían contendría descripciones como éstas: “Soy una persona en una etapa divertida y me lo paso muy bien”; “Una chica normal, que tiene muy claros sus derechos, que le gusta pasar el tiempo con los amigos y reír”; “Un gamberro, chulo, fuerte y guapo”; “Un poco irresponsable, pero me gusta entender la sociedad que me rodea”; “Un inexperto con ganas de aprender”, etc. También nuestra lista, si fuera completa, contendría muchas otras descripciones en clave positiva.

Nuevas formas de aplicar las viejas recetas

Prácticamente de todos y cada uno de los párrafos escritos hasta aquí podría deducirse alguna cosa a hacer. No quisiera, sin embargo, acabar sin un nuevo resumen. Me preocupa que la objetivación de las nuevas dificultades pueda llevar, como algunos personajes intentan, a la creación de respuestas especiales y específicas, para algo que quizá lo único que requiere es la aplicación honesta y



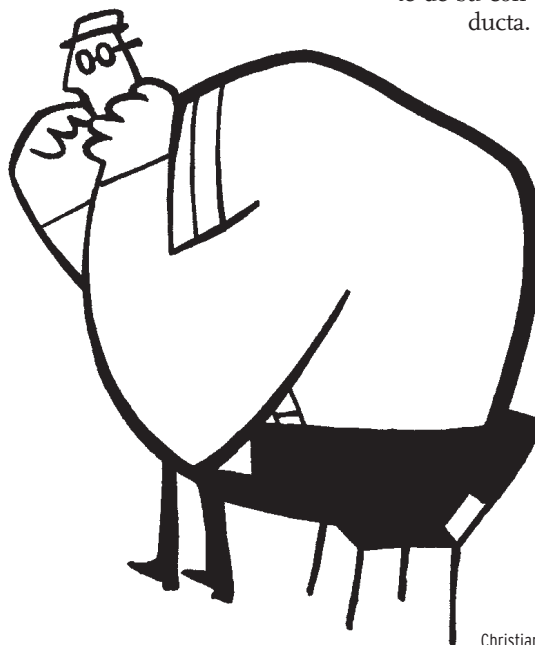
entusiasta de repuestas clásicas de la pedagogía, con nuevas maneras, con otras claves. ¿Qué podemos hacer ante las dificultades y los conflictos? Volvamos a hacer bien y de forma actualizada lo que ya sabemos hacer. Por ejemplo:

- Organizar y practicar un buen sistema de observación para conocer la realidad de los adolescentes con los que convivimos en la escuela. Saber qué dinámicas crean, cuáles son los elementos culturales juveniles y sus correspondientes formas de comportarse que les atraen. Observar su mundo y saber separar sus prácticas de afirmación de la identidad, de las broncas y conflictos sin sentido.

- Practicar dinámicas de grupo, recordando que educamos grupos de adolescentes. Cuidar la orfandad con la que se suelen encontrar especialmente algunos chicos de los primeros cursos de la ESO, sometidos a la presión de otros grupos mayores. Trabajar los procesos de integración. Trabajar las tensiones entre grupos diferentes. Abordar cuestiones concretas como las dinámicas de *tribu*, por seguir una palabra impropia puesta mediáticamente de moda. Por ejemplo, en un instituto en el que nuestro grupo trabajó recientemente, una parte de las tensiones nacían por la contraposición, desconocida por el profesorado, entre adolescentes con aspiraciones grupales muy contrapuestas (*skaters*, *skins*, independentistas, españolistas). Gestionar las relaciones entre los que creen que su tarea es estudiar y los que más bien opinan que se trata de divertirse.

- Enrollarse. Practicar con intensidad la tutoría, el acompañamiento educativo de los adolescentes. Re-introducir en el espacio escolar su mundo, sus preocupaciones. Ayudarles a conectar sus dos mundos.

- Aplicar con habilidad la disciplina. Situar el sentido adolescente de las transgresiones. Individualizar cada situación. Tener en cuenta que no se trata de aplicar inflexiblemente códigos penales escolares, sino de buscar respuestas que sirvan para responsabilizar al adolescente de su conducta.



Christian Ynaraja.



Christian Ynaraja.



- Intentar conseguir que cada chico o chica, por complicado que sea, encuentre algo para hacer en la escuela que le interese, algo que justifique su venida al centro, además de ver a los amigos o ligar. No es el azar el que hace que les interese una asignatura u otra, una nueva materia, un crédito variable, y no la lengua, las mates o la historia de siempre. Es normal que algunos odien la escuela, pero no que la odien en su totalidad, hasta el punto de estar contra todo y contra todos. Al menos deberían encontrar un conserje benévolo con el que ocuparse de las fotocopias o del mantenimiento. No estaría de más seguir pensando en el aprendizaje cooperativo o en el diseño adecuado de un buen trabajo por proyectos integradores.

- Aunque la ESO esté a punto de desaparecer, hay que practicar su espíritu de optatividad. Organizar la escuela para que sea posible la práctica de recorridos educativos personalizados. Ya se ha señalado la complejidad organizativa que ello supone, pero, ni la vuelta encubierta a la división FP-BUP, ni las separaciones en grupos de "nivel", ni las soluciones "especiales" consiguen suprimir la tensión y la conflictividad escolares. Las desplazan o crean otras nuevas. El conflicto es hoy, en gran medida, el enfrentamiento con una institución uniforme que no puede, o no quiere, inventar formas educativas suficientemente diversificadas y abiertas.

- Construir realmente la "educación compartida" de los adolescentes con otros profesionales. Ni se trata de aceptar que los adolescentes son de la escuela, ni de "enviar a servicios sociales" a los que crean problemas. Esta expresión de "educación compartida", que proviene de los debates de la etapa final de lo que en Cataluña se llamaron "aulas taller", tiene dos sentidos que sólo apuntamos. Por un lado, se trata de abrir la escuela Secundaria a la presencia y acción de otros profesionales (de la salud o de la educación social, por ejemplo) para

reforzarnos mutuamente en el seguimiento educativo. Por otro, consiste en organizar educativamente otros recursos para adolescentes que no estén centrados en la escuela, pero que formen parte del proyecto educativo. Como ya he dicho en otras ocasiones, se trata de que un alumno pueda seguir haciendo la ESO pasando parte de su tiempo con el jardinero municipal, sin que su tutor o tutora se desentienda; es decir, que esto forme parte de su currículo para obtener el título.

- Hay un núcleo de conflictos que se producen con chicos y chicas a punto de cumplir los dieciséis años (o cumplidos), a veces fuera de promoción y con unas inaguantables ganas de abandonar la escuela. Para ellos y ellas necesitamos avanzar planteamientos de formación laboral postobligatoria a los últimos trimestres de la obligatoria. Lo contrario es asistir a una guerra de desgaste de difícil solución. En una parte del alumnado con dificultades se está consolidando una actitud vital en la que no hay horizonte próximo: no piensan ni en estudiar ni en trabajar y, de momento, sólo han conocido la experiencia frustrante de seguir dos años más en la escuela.

Y si el lector o la lectora no se enfada, me temo que debo seguir sugiriendo que nos pongamos permanentemente al día. Los conflictos también están naciendo del desconcertante encuentro entre competentes profesionales que enseñan, por ejemplo, ortografía arbitraria, y adolescentes que practican la escritura móvil del "Tu ers gnración wap".

Para saber más

Carbó, J.M.^a (1999): "Dieciséis tesis sobre la disciplina", *Cuadernos de Pedagogía*, 284 (octubre), pp. 82-85.

Funes, J. (1998): "Escolarització obligatòria i adolescència", *Educar*, pp. 22-23.

* **Jaume Funes** es psicólogo, docente, consultor y supervisor en temas de adolescencia. El grupo al que se refiere el artículo es Noujove, un equipo de trabajo sobre nuevas formas de violencia entre la población joven, integrado por Marta Comas, Jesús Vilar y el propio autor del artículo, Jaume Funes. Los ejemplos pertenecen a trabajos en curso sobre la violencia como forma de relación.